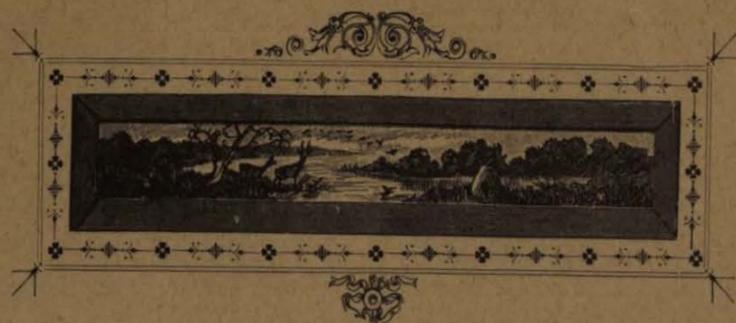


Que el melindre que es dado á las doncellas
Piensa que el libre espíritu te quita,
Y así, queriendo un monte hacer llano,
La mano de Genil puso en tu mano.

Llenos de envidia noble se levantan
Los dioses del sagrado coliseo,
Y con las lenguas de agua dulce cantan
Alegres: «¡Himeneo! ¡Himeneo!»
Mas de improviso, sin pensar, se espantan,
Porque la Ninfa, viendo el caso feo,
Y su virginidad así oprimida,
Quedó, llorando, en agua convertida.



PARTE SEGUNDA

(1605-1615)

SONETOS

I

Á LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA

SONETO EN ALEJANDRINOS

Como el triste piloto que por el mar incierto
Se ve, con turbios ojos, sujeto de la pena
Sobre las corvas olas, que, vomitando arena,
Lo tienen de la espuma salpicado y cubierto,
Cuando, sin esperanza, de espanto medio muerto,
Ve el fuego de Santelmo lucir sobre la antena,
Y, adorando su lumbre, de gozo el alma llena,
Halla su nao cascada surgida en dulce puerto,
Así yo el mar sulcaba de penas y de enojos,
Y, con tormenta fiera, ya de las aguas hondas
Medio cubierto estaba, la fuerza y luz perdida,
Cuando miré la lumbre ¡oh Virgen! de tus ojos,
Con cuyos resplandores, quietándose las ondas,
Llegué al dichoso puerto donde escapé la vida.

II

DESDE SU RETIRO

Cantas himnos á Dios, no cantas quejas,
 ¡Oh dulcemente pájara parlera,
 Que en cualquier árbol hallas, extranjera,
 Jaula de celosías y de rejas!

No te escribe la patria si te alejas;
 ¡Oh tú, de los cuidados forastera!
 Que en altas puntas, libre si ligera,
 Las plumas bates y los miedos dejas.

Así yo, solitario de la Gloria,
 Mi diligencia en montes apartados
 Libro del mal que en las ciudades veo.

Suene en mi boca y viva en mi memoria
 La alabanza de Dios, no los cuidados:
 Tu imitación merezca mi deseo.

III

A NUESTRA SEÑORA DE MONTEAGUDO

Selva, viento, corriente, que jüeces
 Os mereció en mi mal el llanto mío;
 Verde calle, luz tierna, cristal frío
 Que á Febo, á Amor, á Diana, gloria ofreces,

Y á mi canto respondes dulces veces;
 Ancha selva, aire fresco, claro río,
 De alta sombra, luz nueva, alegre brío,
 De animales, de pájaros y peces;

Sin temor que á las lágrimas me vuelva,
 Vino mi amor, y en ella mi contento,
 Virgen del Norte, á quien el alma envió.

Las flores tienes de sus labios, selva;
 La luz ganaste de sus ojos, viento;
 El oro debes á su frente, río.

IV

AL MISMO ASUNTO

Donde los ríos en cristal encierra
 El Norte airado, que temblores llueve,
 Al Sol divino su crueldad se atreve:
 María, que bajó á alumbrar su tierra.

Con rayos de impiedad le hace guerra,
 Porque desata su prisión de nieve,
 Y allá le torna el día obscuro y breve,
 Y adonde el sol descansa se destierra.

Aquí, zona de estrellas luminosa
 Oro presta á las selvas; plata al río
 Su luz, dichosamente desechada.

Ya (gloria al sol) alumbra si reposa,
 Y olvida, en yelo y en tiniebla errada,
 La tierra que á las almas pega el frío.

V

AL MISMO ASUNTO

Paloma que con ala diligente,
 Navegando los aires, te levantas,
 Y de la oliva, reina de las plantas,
 Nos traes la paz que el arca abrir consiente;

Vuelas, huyendo venturosamente,
 Y, honrando con tu vista tierras tantas,
 Las plumas pliegas, y á tus alas santas
 El Cielo en tierra firme ve la gente.

En guerra, dimos votos á tu fama;
 Tristes, te tuvo el llanto merecida;
 Cautivos, te inclinaste á nuestro duelo.

Ya en guerra ó paz el fruto de tu rama,
 Tristes, debemos gozo á tu venida,
 Libres, pagamos parias á tu vuelo.

VI

AL MISMO ASUNTO

Brotando llamas de oro estos blandones
Y este incienso que ya abrasado espera
Dejar el viento y penetrar la esfera,
Acompañado de altas oraciones,

Á Ti las más católicas naciones
Que mira el sol, hoy, Virgen extranjera,
Mejor te ofrecen que la gente fiera
Que tiene por zenit á los Triones (1).

Que allá viste traer, con rabia loca,
Para quemar tu templo, al Belga ciego,
Fuego atrevido en sus herejes palmas,
Y aquí, Señora, en nuestra humilde boca
Ves el divinamente dulce fuego
Con que se abrasan en tu amor las almas.

VII

AL RETRATO DEL BEATO PADRE IGNACIO

Como tarja ó blasón (2), así abrazaba
Esta águila á su Sol (3), autor del día,
Y á los que hijos puso en compañía
En sacro examen su valor probaba.

Siete días en hito al sol miraba
Con nueva juventud, y al fin abría
Senda en las nubes, y, en veloz porfía,
En el Cielo, á los ojos se hurtaba.

La seguidora (4) vista (que merece
Sólo el aire) en creciente lagrimosa
De sus hijos cegaron los desmayos.

- (1) En el códice de Sevilla, por burdo yerro, *Tritones*.
(2) En el original de Calderón, y en lugar de *ó*.
(3) *Ibid.*, *Este águila al que es sol*.
(4) *Ibid.*, *La cudiciosa*.

¡Oh santo desamparo, pues ya ofrece
(No como la de Jove fabulosa)
Rayos de amor; no de venganza rayos!

VIII

Á LA ERMITA DE NUESTRA SEÑORA DE ARCHIDONA

Si devoción te trujo ¡oh peregrino!
Al templo, crecerá, si en él reparas,
Y hallarás en estas blandas aras
La meta del deseo y del camino.

Estas velas que al viento el Pichelino
Dió, y el Turco de Tracia aquellas jaras,
Y estos triunfos que ocupan estas varas,
Muestran el que hay aquí favor divino.

El Infierno y la Muerte aquí oprimidos,
Verás mudos con voz, con lumbre ciegos,
Enfermos con salud, volver devotos.

Aquí escombra la Virgen los gemidos;
Y mientras siempre está escuchando ruegos,
Siempre está la piedad pagando votos.

IX

AL LICENCIADO AGUSTÍN CALDERÓN

PARA SU COLECCIÓN DE FLORES DE POETAS ILUSTRES

Calas la selva que con verde reja
Guarda la flor que el noble hurto siente
De tu industria novel, si diligente,
¡Oh cisne á quien la vida no se aleja!
Tal solicita el nardo, adelfa deja,
Examinando en Hymbliá floreciente
Cuanto brota el Abril, curiosamente,
La autora de las mieles, dulce abeja.

Tu voz prendió con invisible mano
Al Betis y, juntando sus olivas,
Das á tus plumas sombra por tributo.
¡Oh primera noticia del verano!
Penetres la vejez, su margen vivas,
Ahora en flores y después en fruto.

X

Á LA VIRGEN NUESTRA SEÑORA, CAMINANDO Á EGIPTO

Mira desde una laja de la roca
El águila ondear el fuego claro,
Y el nido con piadoso desamparo
Deja, sus hijos salva, el cielo toca.
También do el sol se ignora, en tierra poca
Hunde el tesoro el mal seguro avaro,
Que teme de la cueva, aunque es su amparo,
No suenen sus secretos en su boca.
Así guardas el Hijo y el tesoro,
Ave María, Virgen cudiciosa,
Con presta mano y peregrina planta.
Así del dulce nido, así del oro
Te obliga ¡oh sabiamente recelosa!
Piedad divina y avaricia santa.

XI

AL NIÑO PERDIDO, Á NUESTRA SEÑORA Y Á SAN JOSEPH

Pastor á cuya gloria me levanto,
Zagala, honor de aquestas selvas bellas,
En lágrimas bañáis las nobles huellas;
¿Que un cordero perdido lloráis tanto?

Lloras, María, y tu precioso llanto
Suben para su lumbré las estrellas,
Y lloras tú, Joseph, cuyas querellas
Son de los aires ornamento santo.
Más de una voz el aire desordena
Del uno y otro pecho atribulado,
Que á Jesús llama entre mortal gemido.
Mas de aqueste dolor nace otra pena,
Viendo que, cuando más hayáis llorado,
No igualará el dolor al bien perdido.

XII

Á LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR

Jesús, mi amor, que en una nube de oro,
Engendrada del llanto de tu ausencia,
Al Cielo te trasladas en presencia
Del, si alegre, dichoso, santo coro,
Mi corazón se va tras su tesoro:
Tras Ti se va con alta diligencia,
Y yo te sigo en dulce competencia,
Con cudiciosa vista y triste lloro.
¿Cómo oirás ¡oh mi bien! el llanto mío,
Si vas adonde nunca entró la pena?
Bien que en tus manos llevas mi memoria.
Lejos yo, cual mis ojos, hechos río,
El fuego templan que en mi pecho suena,
Templaré mis querellas con tu gloria.

XIII

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Guardan á un señor preso con preceos
Ríguerosos los guardas diligentes;
Mas en el pan le esconden los parientes
Un papel y le avisan los secretos.

Tal guardan los sentidos indiscretos,
Examinando cosas diferentes;
Mas, escondido Dios en acidentés,
Avisa al alma presa sus concetos.

Bien que á Cristo no vemos ni sentimos,
Mas la fe certifica con su sello
Que en pan se pasa al alma por la boca.

Creer mandó otras cosas que no vimos,
Y aquí creer nos manda contra aquello
Que ven los ojos y la lengua toca.

XIV

Á JESUCRISTO EN LA CRUZ

Desplegar como un velo en los coluros
El que sin cabo cielo se dilata,
Y de llama hermosamente ingrata
Armar sus campos de cristales puros,

Cimientos á la tierra abrir seguros
Donde el viento sus plumas desbarata,
Hacer al mar, que en perlas se desata,
De floja arena inacésibles muros,

Pequeña gloria fué de tu potencia;
Mas que, de puro amor, te hagas hombre,
Dios mío, por morir por tu criatura,

No es mucho que á los ángeles asombre,
Ni los hombres, que ignoran tu clemencia,
Lo tengan por escándalo y locura.

XV

AL RETRATO DEL B. P. FRANCISCO JAVIER

Aquel que trujo Cristo fuego ardiente
Le dejó esfera ¡oh fénix! en tu pecho;
Ya en venturoso incendio lo ha deshecho;
Ya aun la pluma de encima no consiente.

Vuelas al mar y ya hervir se siente,
Y, olvidando este mundo por estrecho,
Allí do l'alba duerme en blando lecho
Cebas el fuego en llanos de Oriente.

Su llama de oro duramente tierna
(Que aun hoy suena en las selvas olorosas,
Roba tus plumas de la luz del día.

Ya á tu ceniza debes vida eterna,
Fuego que en Dios, tu esfera, te reposas;
Fénix sola, que estás en compañía.

XVI

AL CONOCIMIENTO DE SÍ PROPIO

Su pobre origen olvidó este río,
Y en anchos vados espumoso espanta
Al que armado de robles se levanta
Valiente monte á contrastar su brío.

Pasa con inconstante señorío,
De sus ondas ufano, y adelanta
Al ancho mar la irrevocable planta,
En donde ahoga el nombre y pierde el brío.

¡Oh tres y cuatro veces desdichada
Miseria humana, que soberbia puedes
Disimularte en sombra lisonjera!

Hombre, hijo de tierra y de la nada,
¿Cómo, yendo á la muerte, te concedes
Olvido vil de tu nación primera?

063664

XVII

AL INFIERNO

Allí, negra región de la venganza,
 En hondos lagos de metal ardiente,
 Suena la ira de Dios eternamente,
 Á quien no ha visto el rostro la esperanza.
 ¡Oh el mayor mal! ¡Oh pena sin mudanza!
 ¡Oh eternidad del fuego y de la gente!
 Mi memoria á tu daño esté presente,
 Si tanto bien un olvidado alcanza.
 Muchos llamados, pocos escogidos
 Son, porque es más el número de locos:
 Testigo es esta cárcel vengadora.
 ¡Á recoger cuidados y sentidos;
 Que si como los muchos vivo ahora,
 No iré después adonde van los pocos!

PLEGARIA

Ausente llamo al que presente adoro:
 Concede Tú á las lágrimas que lloro (1),
 Yo, solitario tuyo, en tierra fría,
 Dulce Jesús, merezca en mi porfía,
 Ciego, á mi Sol; y pobre, á mi Tesoro.

(1) Añado el pronombre, que no está en el código granadino, para que conste el verso.

Á NUESTRA SEÑORA DE MONTEAGUDO, DE ANTEQUERA

Vulgo de mil cabezas,
 Justamente te espantas
 De ver en Antequera
 La dama de la Infanta.
 Cudicioso preguntas,
 Malicioso reparas,
 Inconstante en las obras,
 Infiel en las palabras.
 Con llave de oro puro
 Abriré á tu ignorancia
 Las bien cerradas puertas,
 Con desiguales guardas.
 Donde el Norte espacioso
 Prende en cristal las aguas
 Y el Orión valiente
 Cala yelmo de escarcha,
 Entre desnudos juncos,
 Corre el flamenco Escalda,
 Cinta de Monteagudo,
 Guarnición de sus faldas.
 Aquí un dórico templo
 Altas puntas levanta,
 Tropiezo de los bueyes
 De la luna de plata.
 En éste venció el fuego
 Al oro con la llama,
 Con la luz al piropo,
 Y con el humo al ámbar.
 Aquí, honradas de dones,
 Las virginales aras
 Mostraron que ha quedado
 Piedad en Alemaña (1).

(1) En el código sevillano, *Alemania*.

Cuantos en corvas naves
 Los fríos mares rasgan,
 Libres de la tormenta
 Vieron esta montaña.

Á ti, gloriosa Virgen,
 Cortésmente serrana,
 Cumplieron nobles votos,
 Cantaron alabanzas.

De naves y cadenas,
 De cera rubia y blanca,
 Dió el agradecimiento
 Cortinas á su alcázar.

En tanto el Belga hereje,
 Para abrasar su casa,
 Hería el pedernal (1),
 Que es cárcel de las llamas,

Cuanto, atenta á sus golpes
 La que pasó de España,
 La nobleza en la sangre,
 La piedad en el alma (2),
 Hurtó sagradamente
 De un árbol la manzana
 Que sanó á todo el mundo
 Y aquel de Adán restaura.

Cubierto de una nube
 Puso el sol en su patria,
 Do el que nace en Oriente
 Dentro del mar descansa.

Es la Reina, que viene
 Con su gente de guardia,
 De la casa del campo
 Á morar en su casa.

Recíbela la gente
 Contenta, si admirada,

(1) Quirós de los Ríos enmendó, para quitar la terminación aguda: *El pedernal hería*.

(2) Así en el código de Sevilla; en el granadino, *La piedad en l'alma*.

Quemando sacro incienso,
 Blandiendo tiernas palmas.

En honra de los vientos,
 Versos los cisnes cantan,
 De vanidad devota
 Ostentaciones sanctas.

Mas hurtáos, versos míos,
 Á los saraos y danzas,
 Y honrad la que á la Virgen,
 Cual Joseph, acompaña,
 Y aquel que dignamente
 Viste la cruz de grana,
 Que ilustres solicitan (1)
 Gloriosas alabanzas.

Mas á tan alto vuelo
 No se atreven mis alas,
 Si ya mi monumento
 No pretendo en las aguas.

Ves aquí, vulgo necio,
 El dibujo en estampa;
 Que para tu torpeza
 Torpes rasguños bastan.

AL BEATO IGNACIO DE LOYOLA

Vuelan fuegos el viento (2),
 Con general ofensa;
 Vence al miedo el furor, el humo al día;
 Francés atrevimiento
 Y española defensa
 Sustentan el tesón desta porfía,
 Cuando el Autor del día,
 Escondido en sí mismo, examinaba

(1) En el código granadino, *Que ilustre solicita*.

(2) En la *Relación de la fiesta... á la beatificación de San Ignacio* (Sevilla, 1610), *al viento*.

La mayor valentía
 Y en el mancebo Ignacio la hallaba,
 Que, ahogando el arena (1) con espumas
 De sangre, luce con vistosas plumas;
 Cuando, herido, su potencia brava
 Rinde, dando á los hombres Dios ejemplo,
 Lumbre á su Iglesia (2), á Francia la victoria,
 Nuevo mundo á su fe, á su nombre templo,
 Fin á las armas y á su intento gloria.

Mas ya con nueva vida
 Das, Ignacio, á la tierra
 Nueva alegría, dulce, si costosa;
 Salud de tu herida,
 Palma y paz de tu guerra,
 De tus prisiones libertad gloriosa.
 De la cadena honrosa,
 Que tal de los soldados es la espada,
 Con mano religiosa,
 Dejas de un templo la pared armada (3)
 Y (con la devoción vencido el asco)
 Cubre el sayal lo que ciñó el damasco,
 Funda de aquella castidad sagrada
 Que te trujo María, y del tesoro
 Que San Pedro te trujo, ¡oh Peregrino!
 Porque el que lleva descubierto el oro
 Antes la vida acaba que el camino.

No con amor pequeño
 En Padua te visita
 Jesús y á tu viaje se promete;
 Luego te guarda el sueño
 Que á un senador le quita,
 El mar te allana y te negocia el flete;
 Hasta el monte Olivete,
 Romero de Emaús, tus pasos guía,

(1) En el código de Sevilla y en la *Relación de la fiesta, la arena*.

(2) *Ibid.*, á su Ignacio.

(3) *Ibid.*, ornada.

Y antes, en días siete,
 Á otro Jerusalén en romería
 Te acompañó, Jerusalén del Cielo;
 Y, cebando (1) su amor en tu consuelo,
 Fué el primero que entró en tu Compañía,
 Con que el fuego que trujo á ti lo pasa;
 Que *Ignacio es ignis*, y esto lo confirma
 Javier, que en los antípodas se abrasa
 Con sola (2) una centella de tu firma.

La protección no cesa,
 Como á los ojos vemos,
 Que en Roma, por el Padre, te dió el Hijo:
 Que á la misma promesa,
 Aunque antigua, debemos
 Este que hoy celebramos regucijo.
 Irme tras de ti elijo (3);
 Que en Compañía que las armas usa,
 La silla tendré fijo,
 Sin que mi justa quede por confusa,
 Pues que te siguen cojos, sordos, ciegos,
 Que sanaste, inclinado de sus ruegos.
 ¡Oh! yo seré tu lira, y tú mi musa (4),
 Y aplaudirán con general decoro,
 Mientras mi voz en tu alabanza suena,
 De las virtudes el inmenso coro
 Y de las ciencias la divina escena (5).

(1) En la *Relación, llevando*.

(2) En el código sevillano, *Con solo*.

(3) En la *Relación, Irme tras ti elijo*, pero falta al verso una sílaba.

(4) En el código sevillano, sin la conjunción.

(5) En las *Flores* de Calderón (1806) puse la siguiente nota á este pasaje:
 «Tanto en el código del Sr. Duque de Gor como en el existente en la Biblioteca
 del Palacio Arzobispal de Sevilla (33,180) se lee:

Y de las ciencias la divina escuela.

La enmienda, tal como queda hecha, está anotada en los apuntes del Sr. Quirós
 de los Ríos. También podría leerse, dos versos más arriba:

Mientras mi voz en tu alabanza *vuela*,

y en este caso no habría para qué tocar al último verso de la estrofa.»